

Nuestro Compromiso y Responsabilidad Misionera

A la Luz de la Espiritualidad de la Sangre

Barry Fischer, C.PP.S.

Introducción

Cuando me pidieron que preparara una charla para este Simposio lo pensé dos veces antes de aceptar ... ¡con temor y temblor! En el curso de los años he aludido muchas veces en conferencias a la importancia de que reflexionáramos sobre la salvaguardia de la naturaleza desde la perspectiva de la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Pero nunca había dado una charla sobre este tema. En este caso, he aceptado la invitación como un desafío a crecer personalmente en comprensión y compromiso en cuanto Misionero de la Preciosa Sangre.

La reflexión y el estudio que supuso la preparación de este tema tuvieron lugar en el imponente escenario de belleza de Austria, donde vivo actualmente y donde abunda el encanto natural. Vivimos rodeados de montañas majestuosas, terrenos ondulados, fértiles granjas y flores. En Baviera (Alemania meridional), Austria, Liechtenstein y Suiza, parece que las flores fueran una parte integrante de la cultura. Por todas partes pueden verse espléndidos jardines, y flores ornamentales colocadas en las ventanas y los balcones de las casas, que la gente cuida con un esmero particular y contribuyen a acrecentar la belleza natural. Se dice que San Francisco de Asís quería que cada convento tuviera su jardín con algún cantero siempre florido para que en todo momento las personas se sintieran invitadas a alabar a Dios.

Pero la gran variedad de viajes que tuve que realizar como Moderador General me hizo conocer también las zonas áridas de Tanzania central, donde a veces la gente tiene que cavar la tierra con sus manos para encontrar agua. También he estado en La Oroya donde las montañas son peladas y de un color grisáceo enfermizo como consecuencia de muchos años de grave contaminación.

Todo esto nos permite constatar las diferencias que existen entre los que tienen y los que no tienen, entre aquéllos que nadan en la abundancia de los recursos naturales y de las bellezas de la creación de Dios y aquéllos que no saben siquiera lo que es el agua potable, como yo mismo pude comprobar cuando trabajaba en Guatemala, donde todavía hoy la disentería sigue siendo la causa primera de la muerte de niños y adultos.

No pretendo ser experto en ecología o cuestiones ambientales, ni es mi intención entrar en las cuestiones técnicas involucradas en este tema importante. Los políticos, especialistas y técnicos pueden presentar los hechos y las estadísticas, y compartir sus experiencias de primera mano.

Yo me limitaré a reflexionar sobre nuestro compromiso y responsabilidad misionera en el marco de nuestra espiritualidad, centrándome especialmente en la sangre de la alianza y de la reconciliación y como comunidades eucarísticas.

Parte I: El llamado de la Preciosa Sangre

La vivencia de nuestro compromiso de la alianza

Uno de los temas fundamentales de la espiritualidad de la Sangre de Cristo es el de la **alianza**. Las relaciones de la alianza definieron el mundo en el que vivió el pueblo israelita. El vínculo de la alianza entre Dios y su pueblo se transformó en el símbolo de las relaciones auténticas. La justicia bíblica exige fidelidad a todas nuestras relaciones de alianza: con Dios, con los seres humanos, y con la tierra.

El año jubilar prescrito en el Antiguo Testamento (cf. Levítico 25, 23-55) era un tiempo especialmente dedicado a celebrar la presencia y soberanía de Dios sobre todas las cosas. Profundamente arraigado en el compromiso de la alianza, era un tiempo consagrado a restablecer la red de las relaciones humanas y restaurar la comunidad. Un tiempo de reconciliación, en el que se corregían los desequilibrios sociales de la sociedad agrícola y urbana. Los esclavos eran liberados y se cancelaban las deudas pecuniarias. Las tierras debían quedar en barbecho, y las que habían sido enajenadas debían devolverse a sus respectivos dueños.

En la sociedad hebrea los bienes materiales solían acumularse en las manos de unos pocos, y a causa de este desequilibrio las personas se veían obligadas a venderse para sobrevivir, al menos materialmente. La ley del año jubilar denunciaba esta injusticia social y trataba de corregir el mal de la acumulación de las fuentes de producción y de bienestar por parte de unos pocos privilegiados, situación denunciada por los profetas.

En el mismo capítulo del Levítico se hace referencia a una función importante en la estructura social de la sociedad hebrea: la del Goel. Su trascendencia y significado se entienden en el contexto de la alianza. En la sociedad hebrea el clan era un factor de unidad y de defensa de las personas y familias. Una de las expresiones más hermosas de la unidad familiar y de las obligaciones recíprocas se encuentra en la **ley del Goel**. En caso de enfermedad, plagas, malas cosechas u otros desastres, las familias y los individuos recibían ayuda del Goel. Él era el protector y defensor del clan, en un momento de la historia en el que la familia había dejado de ser el lugar de acogida y participación y se había convertido en objeto de exclusión y marginación del más débil. El Goel sería el hermano, el tío, el cuñado u otro consanguíneo. Para los israelitas, defender el clan era lo mismo que defender la Alianza.

El concepto de Goel terminó aplicándose a los reyes en el servicio de su pueblo y a Yahvé. Leemos en Jeremías 50,34: *“Así dice Yahvé Sebaot: Oprimidos estaban los hijos de Israel y los hijos de Judá a una. Todos sus cautivadores los retenían, se negaban a soltarlos. Su Redentor esforzado, Yahvé Sebaot se llama. Él tomará la defensa de su causa hasta hacer retemblar la tierra y estremecerse a los habitantes de Babilonia”*.

El fundamento religioso de estas leyes sociales se encuentra en la idea de que, según la orden divina, los bienes materiales se dan a todos por igual. La tierra, en particular, se reconoce como propiedad de Dios. Es un bien inalienable que nadie puede quitar, debido especialmente a que fue confiada a los israelitas como consecuencia de la alianza.

Jesús como Goel

Con el pasar del tiempo el concepto de Goel se proyectó a la noción hebraica del Mesías, que vendría para defender y rescatar a los pobres y desfavorecidos y liberar al pueblo. Así fue visto **Jesús**. Uno de los títulos más antiguos que utilizaron los cristianos para interpretar el servicio que Jesús prestó a su pueblo fue el de **defensor (Goel)**, o sea, salvador, redentor, liberador, abogado, pariente cercano, hermano mayor. Él era el pariente cercano que vino a ayudar a sus hermanos y hermanas a vivir nuevamente en armonía. Vino para restaurar la vida comunitaria tal como Dios la quería cuando llamó a los esclavos de Egipto y formó con ellos el pueblo de la alianza. En este contexto entendemos la opción de Jesús por los pobres y marginados y su predicación del Reino de Dios en el que no debía haber excluidos y todos eran invitados a sentarse a la mesa del banquete de la vida.

Jesús se presenta como el gran Goel de los pobres y necesitados. Invita a todos sus discípulos a continuar esta misión promoviendo la comunión de la mesa, de la que nadie está excluido.

Nuestro mundo se ha apartado totalmente de la noción de la alianza bíblica. Vivimos en una sociedad de creciente individualismo. A medida que la economía de mercado va ganando terreno en todo el mundo, los valores familiares tradicionales ceden el paso a la carrera individualista y egoísta por adquirir más y más riquezas y posesiones materiales. Y se resienten, por consiguiente, los valores de la familia, del compartir, de la hospitalidad y de la comunidad. Se está gestando un sistema nuevo de interrelación, que pasa a través de los ídolos del consumismo y de los bienes materiales. Cuando la gente adora estos falsos dioses, se rompen los vínculos que nos unen en comunidad. En este tipo de sociedad, algunas personas y naciones se vuelven cada vez más ricas, mientras la mayoría se hace cada vez más pobre y marginada. Y nuestra tierra es cruelmente saqueada y sus recursos naturales derrochados y agotados insensatamente debido a la codicia y a la avidez insaciable de bienes materiales. Parece que la norma fuera la del *Carpe diem* (vive el presente), sin pensar en las generaciones futuras y en sus necesidades básicas. “Come, bebe y diviértete hoy; mañana será otro día”.

Se repite la situación del Antiguo Testamento. ¿Quién será la voz de los que no tienen voz? ¿Quién defenderá a los miembros más débiles de la sociedad? ¿Quiénes alzarán su voz para protestar contra las injusticias y desigualdades de la sociedad de hoy? ¿Quién defenderá los derechos de los excluidos? ¿Quién sensibilizará a la gente sobre la situación apremiante que viven los pobres y desfavorecidos? Resuena en nuestros oídos la pregunta del evangelio, “¿soy yo el custodio de mi hermano o hermana?”. A la que podríamos añadir esta otra: “¿Soy yo acaso el custodio de mi tierra?” Nuestra respuesta no puede ser otra que un rotundo y definitivo, “¡SÍ, LO SOMOS!”

Administración fiel

Sabemos que estamos íntimamente unidos a toda la creación. A ella pertenecemos. Reconocemos nuestra interrelación con ella. Dios creó la tierra y nos confió su cuidado. Nosotros hemos descuidado gravemente esta importante responsabilidad. Ahora tenemos que asumirla, e instaurar una relación más adecuada con nuestro ambiente, de suerte que todos los seres humanos tengan la oportunidad de vivir en dignidad.

El compromiso de la Iglesia por la salvaguardia de la naturaleza comenzó a surgir durante el papado de Juan Pablo II. Pero es al Papa Benedicto XVI al que algunos están dando ahora el apelativo de “el Papa ecológico”, debido a que cada vez más se está haciendo el portavoz de las cuestiones ecológicas y ambientales.

En la *Caritas in Veritate* (“La caridad en la verdad”), el Papa Benedicto escribe: *“El ambiente natural es un don de Dios para todos, y su uso representa para nosotros una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad”* (# 48). Y nos invita a la solidaridad cuando dice, *“Hoy el gran don de la Creación de Dios está expuesto a graves peligros y a estilos de vida que pueden degradarlo. La contaminación ambiental está haciendo particularmente insostenible la vida de los pobres del mundo ...Tenemos que comprometernos a hacernos cargo de la Creación y a compartir sus recursos en solidaridad”*.

Y no solamente dedica palabras a este tema, sino que realiza actos concretos para llevarlas a la práctica. Un ejemplo es el hecho de haber reemplazado las tejas de cemento del auditorio Pablo VI con 2.400 paneles solares que convierten la luz solar en aproximadamente 300.000 kilovatios hora de energía cada año, equivalentes a las necesidades de alrededor de cien familias. Las células generan energía suficiente para iluminar, calentar, y refrescar la sala que tiene capacidad para 6.000 personas. Otro “proyecto verde” actualmente bajo examen es el de la instalación de molinetes de viento así como de plantas para el tratamiento de aguas residuales. Son casos en los que, para el Santo Padre, del dicho al hecho no hay gran trecho.

Como personas que viven y trabajan bajo el estandarte de la Sangre de Cristo, nosotros estamos llamados a testimoniar, promover y defender la *fidelidad* a todas las relaciones y responsabilidades que derivan de nuestra alianza con Dios en Cristo. Como agentes de reconciliación nos esforzamos por entablar relaciones apropiadas con Dios, entre nosotros y con toda la creación. Podríamos describir nuestra misión como la de “¡guardianes y custodios de la alianza!” Las otras criaturas del planeta nos son familiares, radicalmente relacionadas con nosotros ante Dios en una comunidad tierra.

La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la Creación, que debe hacer valer en público. En ese sentido, debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la Creación que pertenecen a todos. Debe, sobre todo, proteger a la humanidad contra la autodestrucción. Hace falta lo que podría llamarse una ecología humana bien entendida ... El sistema ecológico se basa en el respeto de un plan que afecta tanto a la salud de la sociedad como a sus buenas

relaciones con la naturaleza. Una vez más, cito al Papa Benedicto: *“Antes de que sea demasiado tarde, es preciso tomar medidas valientes, que puedan restablecer una fuerte alianza entre el hombre y la tierra. Es necesario un “sí” decisivo a la tutela de la creación y un compromiso fuerte para invertir las tendencias que pueden llevar a situaciones de degradación irreversible”* (Homilía pronunciada en Loreto, Italia, el 2 de septiembre de 2007).

El grito de la Sangre

Hablamos con frecuencia del “grito de la sangre”, una expresión que se ha convertido en una forma aceptada de relacionar nuestra espiritualidad con las realidades de todos los días. Lo que quisiera ahora es poner el acento en el hecho de que no se trata sólo del grito de los pobres y necesitados, que Jesús asumió al ser elevado en la cruz, sino también del grito de la madre tierra (la “Pachamama”). Un grito que Juan Pablo II nos exhortó a hacer propio en *Evangelium vitae*, #25, donde invita con fuerza a todos los cristianos a que en la construcción de una “cultura de la vida” y de una civilización de justicia y amor hagamos oír la sangre de las víctimas de hoy y respondamos a ella con solidaridad compasiva. El “grito de la sangre” es un llamamiento que nos llega hasta el alma con el mensaje de lo que Dios espera de nosotros: una justicia que refleje la fidelidad misma de Dios y su atención especial a los desamparados y desesperados. En cuanto personas marcadas por la sangre de Cristo, nosotros somos particularmente sensibles a este grito y al llamamiento del Santo Padre.

Como escribe un autor: *“Nosotros los cristianos seremos la voz de los que no la tienen, de todas las criaturas de la naturaleza que no tienen voz en el capítulo de los asuntos humanos. Escucharemos los llantos quejumbrosos de las grandes ballenas y oiremos el gemido de las selvas pluviales, y seremos sus defensores en las plazas de los pueblos y en los palacios del poder, por la gracia de Dios. Escucharemos el llanto amargo de los niños pequeños que viven en las montañas de basura de este mundo y que visten ropa lavada en arroyos desbordantes de venenos letales y que a veces beben de esas mismas aguas”*. (H. Paul Santmire, *Nature Reborn: The Ecological and Cosmic Promise of Christian Theology* (La naturaleza renacida: la promesa ecológica y cósmica de la teología cristiana). Minneapolis: Fortress Press, 2000, 119-120.)

Nuestro compromiso con los pobres y por el bienestar de nuestro planeta deben marchar juntos como dos dimensiones interrelacionadas de la única vocación cristiana. La conversión ecológica no se opone a la opción por los pobres sino que está íntimamente involucrada en ella. En la *Caritas in Veritate* el Papa Benedicto XVI asevera que *“Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales, así como la degradación ambiental, a su vez, provoca insatisfacción en las relaciones sociales. La naturaleza, especialmente en nuestra época, está tan integrada en la dinámica social y cultural que prácticamente ya no constituye una variable independiente”*. (#51) El Papa insiste en que la degradación ambiental hace que la vida de los pobres se vuelva especialmente insoportable. Cuando se dilapidan los recursos naturales y se saquea el medio ambiente son los pobres los que resultan afectados de forma desproporcionada Y también ellos son las primeras víctimas y los que más sufren los desastres naturales (piénsese en la catástrofe causada por el huracán Katrina en Nueva

Orleans) porque muchas veces carecen de la posibilidad de escapar de los lugares de mayor riesgo, y no cuentan con los recursos necesarios para las obras de reconstrucción.

En su Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* el Santo Padre Benedicto XVI trata en varios números sobre la relación intrínseca entre la Eucaristía y la misión. Afirma: *“Precisamente, gracias al Misterio que celebramos, deben denunciarse las circunstancias que van contra la dignidad del hombre, por el cual Cristo ha derramado su sangre, afirmando así el alto valor de cada persona”*. Y en el #90: *“No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo”* (#89). Recordamos que la misión de Cristo fue la de *“darnos vida abundante”* y no sólo a algunos sino a todos. El concepto de *“destinación universal de los bienes”* significa que el mundo ha sido creado para el bien de todos los seres humanos. Como los *“Goel”*, tenemos que promover constantemente el uso y la destinación apropiados de los bienes del mundo, de suerte que todos puedan encontrar un lugar en la mesa de la abundancia.

Reconciliando todas las cosas

El dominio concedido por el Creador al hombre y la mujer (cf. Génesis 1, 27-31) no era un poder absoluto para *“usar y abusar,”* o para disponer de las cosas en forma arbitraria. Como *“administradores de la alianza”* se nos ha confiado la misión de proteger, defender, y promover el cuidado de la naturaleza y nuestra relación con ella (cf. Génesis 2,15). A causa de nuestra negligencia y falta de responsabilidad, se ha roto la armonía perfecta entre la humanidad y el resto de la creación.

Al reflexionar sobre la sangre de la reconciliación, muchas veces hablamos de la necesidad de sanar las heridas que hemos recibido durante nuestra vida o las que hemos causado a otros. Estas heridas son purificadas y sanadas en la sangre de Cristo que las tomó sobre sí para sanarlas y redimirlas. En esta perspectiva y desde el punto de vista de nuestra misión de ser personas de reconciliación en todas sus dimensiones, reconocemos también *“que hay heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de los recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable”* (Benedicto XVI en Australia, *“Ceremonia de acogida”*, 17 de julio de 2008)

El uso y abuso de la tierra no se limita a zonas pequeñas y aisladas, ni es algo que ocurre sólo ahora. Una de las teorías propuestas para explicar el colapso de la civilización altamente desarrollada de los Mayas, que abarcaba parte de lo que es ahora México y América Central, es la de la sobreexplotación de los recursos naturales, en particular de la selva tropical, un desastre provocado por el hombre que, por lo menos, ha contribuido seguramente a la decadencia y desaparición de la cultura.

Todos estamos familiarizados con las imágenes de la Isla de Pascua, situada a 2000 millas al oeste de Chile, en medio del Océano Pacífico. Según los científicos, originariamente la isla era un paraíso subtropical cubierto de árboles y albergaba innumerables especies de animales, pero la deforestación destruyó prácticamente todo el ecosistema, convirtiéndola en una zona desolada.

Muchas veces he dicho que para ser fieles a nuestra vocación era necesario no solamente escuchar el grito de la sangre y responder al grito que descubrimos en ella, sino también ser *obedientes* a ese grito/llamado. El Papa Benedicto alude a “esta obediencia a la voz de la tierra (las leyes íntimas de la creación)...que nos habla y que debemos escuchar si queremos sobrevivir y descifrar el mensaje de la tierra”.

San Pablo escribía a los Romanos: “*Pues expectante, la creación, desea vivamente la revelación de los hijos de Dios*”. (8, 19) Y a los Colosenses: “*Pues Dios tuvo a bien reconciliar por él y para él todas las cosas, las de la tierra y las de los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz*”. (1,19-20. 23) En la visión de Pablo, todo el cosmos es bueno, un don de Dios, y, a pesar de la rebelión de los poderes que lo habitan, ha sido reconciliado con su hacedor y ha nacido una nueva creación, que ahora debe implementarse. Nosotros hemos sido llamados a participar en ese proceso de reconciliación y nacimiento.

La Eucaristía y el cuidado de la Creación

La Eucaristía es un elemento central de la espiritualidad de la sangre. Es la fuente de la que fluye y se nutre. Sentados a la misma mesa es cómo celebramos nuestra condición de pueblo de la alianza. Es allí donde se restablecen nuestras relaciones con Dios y entre nosotros. Pero muchas veces queda afuera una relación crucial e importante. Reorientamos nuestra vida hacia Dios, hacia nosotros mismos y hacia los otros, pero a menudo omitimos restablecer nuestra relación con la naturaleza. En “*Worshipping in Relationship with Nature*” (Reflexiones sobre el culto en relación con la naturaleza) (www.webofcreation.org) David Rhoads recuerda que si nos desvinculamos del resto de la naturaleza, no viviendo en armonía con el resto de la creación de la que somos parte integrante, y pecando contra el mundo natural del que hemos surgido, estamos desubicados. Si Dios creó el mundo como un lugar con el cual la vida humana está íntimamente interrelacionada tenemos que hacer que todo el mundo natural sea parte integrante de nuestra experiencia de culto.

Cada misa crea un evento de comunión e interconexión. Cada Eucaristía tiene un carácter cósmico en el que los celebrantes encuentran la Palabra **que eleva toda la creación**. La creación es un don precioso que Dios ha puesto en nuestras manos. A causa de la sacralidad de todo lo que Dios ha hecho, el cuidado de la creación es una forma de culto. Cuando rendimos ese culto, presentamos nuestra realidad quebrantada y el mundo herido ante el Dios misericordioso que renueva y resucita.

Jesucristo recapitula no sólo la raza humana sino toda la creación. El Hijo de Dios se encarnó *para restaurar toda la creación, en un acto supremo de alabanza ... Éste es el mysterium fidei que se realiza en la Eucaristía: el mundo que salió de las manos de Dios el Creador vuelve ahora al Creador redimido por Cristo* (EdE 8).

En octubre de 2005 participé en el Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía. Era uno de los diez Superiores Generales elegidos para representar a la vida religiosa, una presencia simbólica en medio de los 240 obispos reunidos de todas partes del mundo. Una parte del trabajo realizado durante esas tres semanas se hizo en grupos. A mí me tocó la suerte de estar en uno de los grupos de habla hispana, al lado del Arzobispo de Huancayo, **Mons. Pedro Barreto, S.J.**, que cuando hizo su presentación de seis minutos en el Sínodo relacionó la Eucaristía con el cuidado de la creación.

Dijo: *“La Eucaristía, siendo la cumbre a la cual tiende toda la creación, es también la respuesta a la preocupación del mundo contemporáneo por el equilibrio ecológico. Como ‘fruto de la tierra’, el pan y el vino representan la creación que nos es confiada por nuestro Creador. Por ello la Eucaristía tiene una relación directa con la vida y la esperanza de la humanidad y debe ser una preocupación constante de la Iglesia y señal de autenticidad Eucarística. No sólo las personas humanas, sino la creación entera...espera la recapitulación de todas las cosas, también las de la tierra, en Cristo.”*

Más adelante, continuó diciendo: *“La Eucaristía nos compromete a trabajar para que el pan y el vino sean fruto ‘de la tierra fértil, pura e incontaminada’.” “La fe en Cristo resucitado hace que la Eucaristía sea ‘un proyecto de solidaridad’ para compartir los bienes con los más pobres’ y vivir la espiritualidad eucarística en la Iglesia.”*

En la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis*, el Papa Benedicto escribe: *“Para desarrollar una profunda espiritualidad eucarística que pueda influir también de manera significativa en el campo social, se requiere que el pueblo cristiano tenga conciencia de que, al dar gracias por medio de la Eucaristía, lo hace en nombre de toda la creación, aspirando así a la santificación del mundo y trabajando intensamente para tal fin... La Eucaristía misma proyecta una luz intensa sobre la historia humana y sobre todo el cosmos. En esta perspectiva sacramental aprendemos, día a día, que todo acontecimiento eclesial tiene carácter de signo, mediante el cual Dios se comunica a sí mismo y nos interpela. De esta manera, la forma eucarística de la vida puede favorecer verdaderamente un auténtico cambio de mentalidad en el modo de ver la historia y el mundo. La liturgia misma nos educa para todo esto cuando, durante la presentación de las ofrendas, el sacerdote dirige a Dios una oración de bendición y de petición sobre el pan y el vino, « fruto de la tierra », « de la vid » y del « trabajo del hombre ». Con estas palabras, además de incluir en la ofrenda a Dios toda la actividad y el esfuerzo humano, el rito nos lleva a considerar la tierra como creación de Dios, que produce todo lo necesario para nuestro sustento. La creación no es una realidad neutral, mera materia que se puede utilizar indiferentemente siguiendo el instinto humano. Más bien forma parte del plan bondadoso de Dios, por el que todos nosotros estamos llamados a ser hijos e hijas en el Hijo*

unigénito de Dios, Jesucristo (cf. Ef 1,4-12). La fundada preocupación por las condiciones ecológicas en que se halla la creación en muchas partes del mundo encuentra motivos de consuelo en la perspectiva de la esperanza cristiana, que nos compromete a actuar responsablemente en defensa de la creación. En efecto, en la relación entre la Eucaristía y el universo descubrimos la unidad del plan de Dios y se nos invita a descubrir la relación profunda entre la creación y la « nueva creación », inaugurada con la resurrección de Cristo, nuevo Adán. En ella participamos ya desde ahora en virtud del Bautismo (cf. Col 2,12 s.), y así se le abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde la nueva Jerusalén baja del cielo, desde Dios, « ataviada como una novia que se adorna para su esposo » (Ap 21,2).

Parte II: Algunas sugerencias prácticas

Después de haber indicado las bases teológicas de nuestro compromiso en materia de administración de la naturaleza, haciendo hincapié especialmente en sus raíces que se encuentran en la espiritualidad de la alianza y la reconciliación, ahora sugeriré algunas formas prácticas en las que podemos vivir el compromiso de cuidar la casa de Dios.

La Eucaristía

Comienzo con la celebración de la Eucaristía, que es tan central para nuestra fe cristiana y para la espiritualidad de la Sangre de Cristo.

Existe una relación entre nuestro cuidado de la creación y nuestro culto. El problema consiste en vivir conscientemente esa conexión, y en encontrar formas litúrgicas que la expresen. El culto puede ser un momento en el que tomamos mayor conciencia del mundo que nos rodea, aumentamos el aprecio por la sacralidad de la creación, y profundizamos nuestro deseo de tratarla con dignidad y respeto.

Celebrar la Eucaristía es identificarnos con Cristo en el corazón del mundo y comprometernos a responder al grito de la creación que, herida, reclama su dignidad.

Celebrar las dimensiones ecológicas en la Eucaristía:

David Rhoads, en un artículo titulado “*Worshipping in Relationship with Nature*” (Reflexiones sobre el culto en relación con la naturaleza) ofrece muchas sugerencias prácticas para incorporar el cuidado de la creación en nuestras celebraciones: a través de los himnos que usamos; del rito penitencial, en el que podemos incorporar nuestras faltas contra la creación; del uso de la escritura y de la predicación; de las oraciones de petición, en las que podemos expresar nuestras inquietudes y deseos en relación con la creación; y de las oraciones y los salmos de acción de gracias, por no mencionar más que algunas de las formas en las que

podemos manifestar nuestras inquietudes y esperanzas. Una vez más, se trata de ayudar a la gente a relacionar lo que está celebrando en la iglesia con la vida y con la creación, y de inducir la al compromiso de ser buenos administradores.

Tiempos litúrgicos

El autor se refiere, asimismo, a cómo los diferentes tiempos del año litúrgico pueden considerarse desde la perspectiva del cuidado de la creación:

Adviento: junto con toda la creación, también nosotros gemimos en espera de la redención y restauración. Adviento es un tiempo de arrepentimiento en preparación para una nueva era. Las lecturas de Isaías recuerdan el mito idílico como símbolo del Reino de Dios en la nueva creación que anhelamos, en la que predominarán la justicia y la misericordia, y en la que la tierra y nuestra relación con ella recuperarán el equilibrio.

La **Navidad** celebra el misterio de Dios que se hace una sola cosa con la familia humana para salvar a toda la creación de la ruptura del pecado y de la muerte. Es un momento para reflexionar sobre nuestra unidad, no sólo con Dios y con los otros, sino con la creación misma.

Epifanía: tiempo en el que celebramos la manifestación y la gloria de Dios en el orden natural de la vida.

Cuaresma es el tiempo en el que deploramos las pérdidas sufridas por nuestro medio ambiente y reflexionamos sobre los sacrificios que podemos hacer para dejar de pecar contra la creación.

En **Pascua** celebramos la resurrección de la vida humana y vislumbramos la restauración/regeneración de toda vida.

Y **Pentecostés**, un tiempo para reflexionar sobre la sabiduría que necesitamos y las medidas que podemos adoptar para vivir una vida en la que toda la creación humana y no humana pueda prosperar armónicamente. Todos estos temas pueden representarse visiblemente a través de la decoración de nuestros lugares de culto, estandartes y leyendas que nos recuerden durante el año el compromiso de ser buenos administradores.

Estos elementos pueden expresarse asimismo en los momentos de oración para ocasiones particulares. El autor concluye su reflexión con estas palabras: *“Por inmersión y por ósmosis, el contacto semanal con la naturaleza a través de las palabras, los símbolos, las acciones rituales y la presencia de la naturaleza misma producirá un efecto saludable en la comunidad de culto. Mediante la inmersión semanal, y hasta diaria, puede ocurrir una transformación que lleve a la gente a considerar su relación integral con toda la creación de Dios y le permita venir a un lugar de una gratitud nueva y renovada por la naturaleza y de un sentido de responsabilidad por el cuidado de la creación como parte de nuestra vocación como humanos y como pueblo de Dios”.*

Peticiones de perdón

Cuando comenzamos la Eucaristía podemos incluir, en nuestras oraciones de perdón, nuestros pecados de complicidad u omisión con respecto a nuestra administración de la creación. Aquí quisiera citar una parte de la charla que dí en el primer simposio sobre la Reconciliación en esta misma aula hace diez años. Siento la necesidad de hacerlo porque no tenemos las manos limpias y nos falta mucho para convertirnos. Al celebrar esta semana nuestra "Misa sobre el Mundo", tenemos que comenzar pidiendo perdón ...

Por nuestra complicidad: por nuestro silencio, y por hacer oídos sordos ante el grito de la Madre Tierra, explotada y abusada, violada en su belleza y recursos naturales;

Por nuestra ceguera: porque estamos más interesados en construir monumentos a nosotros mismos y en proteger nuestras instituciones que en cuidar la tierra, casa de todos;

Perdón porque muchas veces el temor nos ha paralizado y nos ha impedido responder: temor de perder nuestros privilegios, nuestras posiciones de honor, nuestros bienhechores y especialmente nuestras seguridades, que podrían correr peligro si adoptáramos una posición más profética con los que están pagando el precio de nuestra violación de la tierra, a través de la pérdida de sus tierras y la destrucción de sus ecosistemas;

Perdón por nuestra indiferencia al ver cómo se destruye la naturaleza y se abusa de ella, y cómo se despoja a los indígenas de sus tierras, convirtiéndonos de esa manera en cómplices de su pérdida de identidad, y testigos silenciosos de su extinción.

Y, por último, pedimos perdón por no ser fieles a nuestra razón de ser: ¡la de aplicar los méritos de la Preciosa Sangre! Perdón porque no hemos sabido ser instrumentos eficaces de salvación tomando contacto con la vida real de las personas; porque somos espiritualistas, desencarnados, refugiados en el ámbito de lo sacro, como si un ser humano no fuera sagrado, templo vivo de Dios, como si la sangre que corre por sus venas no fuera preciosa, y como si entre nosotros y la naturaleza no hubiera relación alguna.

Como individuos y como instituciones, como Familias de la Preciosa Sangre y como Iglesia, es indudable que tenemos que hacer un "mea culpa". Y no una sola vez, sino todos los días.

El Ofertorio

Ninguna parte de la celebración eucarística constituye para nosotros un desafío tan grande como el Ofertorio y la Presentación de los dones de pan y vino.

En su libro *Eucharist*, Robert Barron se refiere a la dimensión cósmica de la misa. Recuerda que el pecado no es simplemente un problema personal e interpersonal, sino que compromete la integridad de todo el orden creado.

*La salvación, realizada por medio de Israel y de Jesús y actualizada en la misa, tiene que ver con la sanación del mundo. Esta dimensión se ve especialmente **en los dones del pan y el vino** presentados en el ofertorio. Hablar del pan es hablar, implícitamente, del suelo, la semilla, el grano, y la luz del sol que recorrió 90 millones de millas; hablar del vino es hablar, indirectamente, de la viña, la tierra, los nutrientes, las nubes y tormentas, y las lluvias. Mencionar la tierra y el sol es aludir al sistema solar del que forman parte, e invocar el sistema solar es asumir la galaxia de la que constituye una porción, y referirnos a la galaxia es aludir a las realidades insondables que condicionan la estructura del universo mensurable. Por lo tanto, cuando se presentan estos dones es como si se colocara sobre el altar toda la creación ante el Señor (p.57).*

En el Ofertorio desafiamos el modelo económico y político dominante basado en las fuerzas del mercado y en un consumo insaciable. Aceptamos que los recursos de la tierra son limitados, que las pautas consumistas actuales del Occidente no pueden ser seguidas por la comunidad humana más amplia ni por las generaciones futuras, y que producen la muerte y destrucción de otras especies en nuestra comunidad de vida planetaria.

El Ofertorio supone opciones personales y políticas a favor de fuentes de energía renovables, de formas alternativas de transporte, de la conservación y reutilización del agua, del diseño de edificios que economizan energía, de la protección de los hábitat, de la limitación de los conglomerados urbanos, y de los intentos por revitalizar y embellecer nuestras ciudades.

En su artículo *“Eucharist and Ecology”* (Eucaristía y Ecología) David Edwards afirma: *La Eucaristía es el símbolo y el sacramento del Cristo resucitado, que es el principio de la transfiguración de todas las creaturas en Dios. Al comer y beber en esta mesa participamos del Cristo resucitado (1 Cor. 10:16-17)... Y lo que se hace presente es Cristo en su poder de resurrección, no sólo como promesa sino también como primicia de transformación de todas las cosas.*

El autor considera, asimismo, que éste es el contexto en el que podemos interpretar para hoy la oración de **Teilhard de Chardin** en su ***Misa sobre el Mundo***.

Todo lo que va a aumentar en el mundo, en el transcurso de este día; todo lo que va a disminuir – todo lo que va a morir, también – he aquí, Señor, lo que trato de concentrar en mí para ofrecértelo; he aquí la materia de mi sacrificio, el único sacrificio que a ti te gusta.

Repite sobre toda vida que va a germinar, a crecer, a florecer y a madurar en este día: “éste es mi cuerpo”. Y sobre toda muerte que se prepara a roer, a ajar, a cortar, ordena (¡Misterio de fe por excelencia!): “ésta es mi sangre”.

Margaret Scott, en un libro inspirado llamado ***The Eucharist and Social Justice***(Eucaristía y Justicia social) tiene un capítulo muy esclarecedor sobre el Ofertorio intitulado “Fruit of the

Earth and Work of Human Hands” (capítulo 4, Fruto de la tierra y del trabajo del hombre), en el que escribe: *Los dones eucarísticos suponen mucho más que meramente pan y vino. Hablan de toda la creación material y de toda la existencia humana. Llevan la Eucaristía al corazón de la realidad humana y a la totalidad del cosmos. Al mismo tiempo, inician una conversación sobre el tema de la tierra: los que la poseen y los desposeídos de ella, los obligados a abandonar la tierra que los alimentó, y los cultivos producidos en tierras ajenas. Entablan un diálogo sobre el trabajo humano y la esclavitud que hoy afecta a millones de hombres, mujeres y, particularmente, niños.*

Las palabras clave del Ofertorio – creación, pan, vino, tierra, el trabajo del hombre – nos hablan de alimento y bebida, hambre y sed, trabajo y remuneración; de los que tienen y los que no tienen, los ricos y los pobres.

Ella afirma que debido a que la Eucaristía está encarnada en nuestras vidas y arraigada en nuestro suelo, esas palabras colocan a los pobres con sus luchas y las violaciones de la tierra en el centro de la celebración eucarística..., que tiene que ver con la vida en todas sus dimensiones. Una gran parte de nuestra historia humana en la tierra - continúa diciendo - se entrelaza con la historia del pan y del vino. El pan y el vino nos hablan de la historia del trabajo humano, hecha de esfuerzos y luchas, de fatiga, lágrimas y sudor. Fatiga y sudor integrados en la Eucaristía y transformados por la acción del Espíritu de Dios para convertirse en pan de vida (p. 52-53). La historia del pan y del vino es una historia de injusticia pero también de esperanza y solidaridad. Recuerda a todos los que trabajaron en el proceso de producción del pan y del vino que ofrecemos en el altar.

En la Eucaristía ofrecemos a Dios todas las actividades y esfuerzos humanos, uniéndolos a la obra redentora de Cristo. *En el Ofertorio se encuentra codificado un comentario sobre el mundo del trabajo y sobre todas las cuestiones candentes que lo rodean* (explotación, opresión, condiciones laborales abusivas, desempleados y subempleados). En el Ofertorio resuena el eco del grito de la tierra y del grito de los pobres.

Y la Eucaristía nos recuerda que Dios nos ha confiado el mundo material como un don, que pertenece a toda la humanidad, y que los recursos de la tierra pertenecen a todos. El Ofertorio nos invita a ampliar nuestras perspectivas y nuestra manera de entender la Eucaristía, para abrazar su dimensión cósmica.

Me refiero al ofertorio de Teilhard de Chardin en el **Himno al Universo** cuando coloca el universo entero sobre la patena y en el cáliz, diciendo: *“Ya que una vez más, Señor, ... no tengo ni pan, ni vino, ni altar, te ofreceré sobre el altar de la tierra entera el trabajo y la pena del mundo... Derramaré en mi cáliz la savia de todos los frutos que hoy serán molidos.”* (p. 19)

En la presentación de los dones en el gran templo de la creación somos todos sacerdotes que damos gracias a Dios y lo alabamos por todos sus dones. El Ofertorio nos hace responsables de

la supervivencia de la tierra y nutre en nosotros una profunda sensibilidad ecológica y una espiritualidad de la interrelación que abraza la totalidad del cosmos. Vivido de esta manera, el Ofertorio es un anuncio profético y una reivindicación.

La Plegaria eucarística y el gran “Amén”!

Nuestras plegarias eucarísticas de todos los días manifiestan la íntima relación radical que existe entre la acción de Dios en la creación y en la redención.

En la segunda plegaria eucarística leemos: *“Por Él, que es tu Palabra, hiciste todas las cosas; tú nos lo enviaste para que, hecho hombre por obra del Espíritu Santo y nacido de María, la Virgen, fuera nuestro Salvador y Redentor”*. En la tercera plegaria eucarística: *“Y con razón te alaban todas tus creaturas”*. Cuarta plegaria eucarística: *“Y por nuestra voz las demás criaturas, aclamamos tu nombre”*.

Y en la gran doxología al final de la plegaria eucarística, junto con toda la creación ofrecemos a Dios Padre omnipotente todo honor y toda gloria por Cristo, con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo.

Renovando nuestro compromiso de ser administradores fieles, Goel. *Viviendo nuestro “Amén” como comunidades eucarísticas.*

A través de otras celebraciones litúrgicas

Oremos y reflexionemos sobre el deber de cuidar la creación de Dios y de proteger a los pobres y vulnerables.

En las liturgias y celebraciones parroquiales integremos temas relativos al cuidado de la creación. Consideremos la posibilidad de una misa especial para suscitar la admiración por la creación y la vocación al cuidado de todas las creaturas de Dios. Acordémonos de incluir las necesidades de los pobres que serán los que más sufrirán los efectos del cambio climático y la degradación ambiental.

Al terminar la charla pasaré un video corto creado por un grupo de estudiantes de teología de la Catholic Theological Union de Chicago. Nuestro seminarista CPPS, Joe Grilliot, fue uno de los creadores de este “vía crucis ecológico”. Creo que es un ejemplo excelente de cómo podemos crear conciencia sobre nuestras responsabilidades ecológicas mediante formas de oración y devociones tradicionales.

A través de la educación y de la concientización

Cuando hablamos de nuestro compromiso por la defensa de la naturaleza, uno de los caminos a seguir es el de enseñar y promover lo que se ha dado en llamar “el secreto más escondido de la fe católica, a saber: la **doctrina social de la Iglesia**”. En general, hemos hecho poco para darla a

conocer entre los católicos. Esto lo experimenté yo de primera mano cuando era rector del colegio San Gaspar en Santiago de Chile. Cuando me di cuenta de la ignorancia que reinaba sobre este tema en muchos padres e incluso maestros, por no decir los alumnos, decidí incorporar como materia obligatoria en el programa de la secundaria para todos nuestros alumnos un curso sobre la “Doctrina Social de la Iglesia”. Esto significaba introducir una materia nueva y contratar docentes especializados. Algunos de los padres reaccionaron muy fuertemente contra esta decisión. Pero yo me mantuve firme, y les dije que si no querían que sus hijos o hijas participaran en el curso podían sentirse libres de dejar el colegio e ir a otra parte.

Creo que tenemos que velar por que la Doctrina Social de la Iglesia se enseñe en nuestros programas parroquiales, especialmente a los jóvenes que se preparan para la Confirmación. El Magisterio está tomando esto en serio, como lo demuestra la publicación del *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* (2004), que, dicho sea de paso, dedica todo un capítulo a las cuestiones ambientales.

Para ilustrar a la gente sobre el cambio climático y sus efectos, y para que los católicos conozcan sus responsabilidades al respecto, citemos las enseñanzas del Papa Benedicto XVI, la doctrina social de la Iglesia, y artículos especializados.

A través de nuestro estilo de vida

Ya en su Encíclica *Centesimus Annus* el Papa Juan Pablo II había criticado ese “estilo de vida que se presume como mejor, cuando en realidad está orientado al tener y no al ser”, y había alentado al mismo tiempo los esfuerzos orientados a implantar “estilos de vida, a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones” (# 36).

En su reciente encíclica *Caritas in Veritate*, sobre la dimensión social de la fe, el Papa Benedicto XVI pide “una reforma de los estilos de vida y la reeducación de las opciones de consumo, como parte de una ‘alianza entre ser humano y medio ambiente que ha de ser reflejo del amor creador de Dios” (cf # 50-51). Tenemos que refrenar nuestro consumo y consumismo y adoptar estilos de vida basados en la autolimitación y moderación.

La conversión a un sentido de familiaridad y responsabilidad para con las creaturas del planeta, y para con la tierra, la atmósfera, los mares y los ríos que las sostienen, puede ser una experiencia gozosa y liberadora. La participación en la lucha por un mundo más justo y ecológicamente sostenible puede ser plenificante y significativa, una experiencia de comunión con otros seres humanos y con el mundo natural.

De esta manera reproduciríamos la figura del Goel, en cuanto administradores fieles de la tierra que Dios nos ha dado para que todos gozáramos de ella. Pero sería también una inmersión en

el misterio pascual, ya que recogeremos resultados satisfactorios pero experimentaremos también contratiempos y desalientos al enfrentarnos con el poder de las fuerzas económicas y políticas interesadas en rendimientos máximos a corto plazo sin reparar en las consecuencias ecológicas y sociales.

Una de las opciones que todos podemos hacer tiene que ver con lo que comemos y cómo comemos. Un jesuita, Joseph A. Tetlow, afirma en su libro *Making Choices in Christ* (Opciones en nombre de Cristo) que *ninguno que sea consciente del hambre que sufren otros puede comer como un glotón. Al igual que con todos los dones de Dios, también en el comer y el beber tenemos que tener una disciplina, para servir a Dios y no ser esclavos del paladar. Tenemos que nutrirnos con sentido de responsabilidad, y tomar una decisión sobre lo que vamos a comer y en qué cantidad.*

Tenemos que hacer algo para cambiar las opciones y comportamientos que contribuyen al cambio climático.

Promoviendo una administración fiel de la naturaleza

Las palabras de Juan Pablo II en *Evangelium Vitae* continúan resonando en nuestros corazones: *"¡Haced oír la sangre de Abel!"*

Esto lo hacemos apoyando las iniciativas locales, nacionales e internacionales destinadas al cuidado de la creación y de los pobres. Colaboremos con otros grupos, denominaciones, etc. en estos esfuerzos.

Defendamos los principios y prioridades católicos en los debates y las decisiones acerca del cambio climático, especialmente cuando repercuten en los pobres y vulnerables. Trabajemos en coordinación con otros. Utilicemos la internet y los sitios web.

Nuestra participación puede marcar la diferencia. Juntos podemos dar muestras de una administración verdadera y una solidaridad genuina mediante un compromiso por el bien común y por aliviar la carga que sobrellevan las personas pobres y vulnerables. Honramos al Creador ocupándonos de la creación.

(Dan Misleh, *"A Commitment to the Catholic Climate Covenant"* (Coalición Católica sobre el Cambio Climático). En *Church Magazine*, verano de 2009, Nueva York. 16-19)

Observaciones finales

Hacia una nueva forma de ascética

En el Sínodo, el Arzobispo Pedro Barreto afirmó también que estamos llamados a una "conversión ecológica". Y añadió: *"La convicción de la Iglesia es que 'la tecnología que*

contamina, también puede descontaminar; la producción que acumula, también puede distribuir equitativamente, a condición de que prevalezca la ética del respeto a la vida, a la dignidad del hombre y a los derechos de las generaciones humanas presentes y futuras”.

El Papa Benedicto nos invita a un examen serio de nuestro estilo de vida, en una sociedad propensa al hedonismo y el consumismo, e indiferente a sus peligrosas consecuencias. Lo que hace falta es un cambio de mentalidad efectivo que pueda inducir a la adopción de nuevos estilos de vida *“a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones”* (JP II, *Centesimus Annus*).

En una reunión con sacerdotes y religiosos celebrada en la diócesis de Bressanone, Italia, el 6 de agosto de 2008, el Santo Padre respondió a una pregunta sobre asuntos ecológicos. En una parte de su respuesta afirmó:

El cuidado de la tierra no es sólo una cuestión de políticas, sino de estilos de vida. El Papa insistió en la necesidad de cambiar no solamente las leyes y prácticas comerciales, sino los **estilos de vida**. "No se trata, dijo Benedicto, sólo de descubrir técnicas que puedan prevenir los daños ambientales, aunque es importante encontrar otras fuentes de energía... ". "Todo esto no sería suficiente si nosotros mismos no descubriéramos un nuevo estilo de vida, **una disciplina que supone, en parte, una serie de renunciás**". En esto, continuó diciendo el Papa, los cristianos deberían dar el ejemplo. Deberían, a través de la **sencillez de sus vidas**, dar prueba de que creen en lo que dicen, y de que es posible ser felices y realizarse plenamente mediante una vida respetuosa de la dinámica interna de la creación.

También Brennan Hill afirma que el compromiso ecológico supone la **negación de sí mismo**. Escribe: *Las preocupaciones ambientales arrojan nueva luz sobre el tema de la auténtica negación de sí mismo. No cabe duda de que todos tendremos que vivir de manera más sencilla si queremos compartir los recursos, reponerlos y repartirlos con los necesitados. La nueva ascética vuelve a los alimentos naturales, que son nutritivos y sanos, y deja de lado los elaborados y las “comidas preparadas” que perjudican a la salud y derrochan en excesivo embalaje. Esta espiritualidad recupera la práctica de hacerse uno mismo las cosas, y de no descartarlas cuando se rompen sino de repararlas, remendarlas, y acabarlas. Esta forma de negación de sí mismo exige un desprendimiento de dispositivos electrónicos, objetos de moda, y artículos de lujo. Es consciente de la necesidad del ejercicio físico y de un cuidado serio de la salud”* [en *Christian Faith and the Environment (La fe cristiana y el ambiente)*, 249].

Contemplación

Estamos llamados a una **presencia contemplativa** con la que abrimos nuestros ojos y corazones a la maravilla de todo lo que existe. “¡Dame ojos para ver y oídos para oír!” Una presencia que a veces nos hace llorar por las violaciones que sufre la tierra y por nuestra complicidad en la

devastación y pobreza globales. La contemplación nos insta a la acción. Como dice Benedicto XVI, “Escucha y atiende con el oído de tu corazón”. Sí, escucha y atiende... antes de que sea demasiado tarde.

Con todo, nosotros creemos realmente en la transformación y la conversión. Creemos en el poder redentor del espíritu de Dios. La Sangre de Cristo nos llama a ser profetas “de ese nuevo orden de cosas que Cristo vino a establecer con su Preciosa Sangre”, para usar las palabras de Sta. María De Mattias. Con objeto de dar un testimonio creíble de ese orden nuevo tenemos que emprender un camino de conversión, ya que la Sangre redentora nos purifica de todo lo que nos impide vivir fielmente en el vínculo que profesamos y que nos reconcilia. El Dios de la alianza nos asegura el alimento para el camino. Cuando nos reunimos en torno a la mesa eucarística para partir el pan y beber del mismo cáliz, fortalecemos el vínculo de nuestra alianza con Dios, entre nosotros y con toda la creación. Renovamos el compromiso recíproco y aceptamos con alegría la misión de ser “Goel”, guardianes y defensores de la alianza, promoviendo una comunidad auténtica y los vínculos de la alianza en una sociedad fragmentada en un mundo tantas veces violado y saqueado de sus recursos.

El Dios de las Escrituras es un Dios de Alianza que escuchó claramente el grito de los pobres y oprimidos y el grito de la tierra explotada. Movido a compasión y llamado a la solidaridad por el grito de su sangre, Dios dio su última y amorosa respuesta en la persona de Jesús, Redentor y Goel.

Quiero citar las palabras del Premio Nobel, Pablo Neruda en su “Oda al Pan”:

“Por eso, pan,
si huyes /de la casa del hombre,
si te ocultan, / te niegan,
si el avaro / te prostituye,
si el rico / te acapara,
si el trigo / no busca surco y tierra,
pan, / no rezaremos,
pan, / no mendigaremos,
lucharemos por ti con otros hombres, / con todos los hambrientos,
por todos los ríos y el aire / iremos a buscarte,
toda la tierra la repartiremos / para que tú germines,
y con nosotros avanzará la tierra:
el agua, el fuego, el hombre / lucharán con nosotros.
Iremos coronados / con espigas,
conquistando / tierra y pan para todos,
y entonces / también la vida / tendrá forma de pan,
será simple y profunda, / innumerable y pura.
Todos los seres / tendrán derecho / a la tierra y la vida,
y así será el pan de la mañana, / el pan de cada boca,
sagrado, / consagrado,

porque será el producto / de la más larga y dura / lucha humana.

No tiene alas / la victoria terrestre:
tiene pan en sus hombros,
y vuela valerosa / liberando la tierra,
como una panadera
conducida en el viento.”

Reflexionando, durante las Vísperas del 24 de julio en la Catedral de Aosta en el norte de Italia, sobre la epístola de Pablo a los Romanos en la que el apóstol escribe que un día el mundo se transformará en una especie de culto viviente, el Santo Padre dijo: *Es la gran visión que después tuvo también Teilhard de Chardin: al final tendremos una auténtica liturgia cósmica, en la que el cosmos se convierta en hostia viva.*

Roguemos al Señor que nos ayude a ser sacerdotes en este sentido, para contribuir a la transformación del mundo, a la adoración de Dios, empezando por nosotros mismos.”

Lima, Perú
14 de enero de 2010

Posibles preguntas para la reflexión:

¿Cuándo has experimentado una unidad profunda con la creación y con el Creador?

¿Cómo podemos expresar en nuestras vidas las consecuencias ecológicas de la celebración eucarística?

¿Qué consecuencias se derivan para mi vida comunitaria y/o la misión? ¿De qué forma práctica transmitiré a otros lo que yo he experimentado?

¿Cómo podemos ayudar a nuestros hermanos católicos a descubrir la dimensión social de la Eucaristía?

Enseñando la Doctrina Social de la Iglesia y la Encíclica Social de Benedicto

Identifica los cambios que puedes introducir en las dimensiones “de la vida”: económicas, sociales, y espirituales. Estamos llamados a organizar nuestra vida económica, social y espiritual en torno a la misión que Dios nos ha dado.

Bibliografía

Barron, Robert. *Eucharist* (Eucaristía). Orbis Books, Maryknoll, Nueva York, 2008.

Benedicto XVI: Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum Caritatis*

Benedicto XVI: Encíclica *Caritas in Veritate* (2009)

Benedicto XVI: sus palabras en las Vísperas del 24 de julio en Aosta, Italia (véase el editorial: *Teilhard at Vespers* (Teilhard en las Vísperas) en *America Magazine*, 17 de agosto de 2009)

Baretto, Mons. Pedro, Obispo de Huancayo: Discurso pronunciado durante el Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía (2005)

Edwards, Denis, *Eucharist and Ecology* (Eucaristía y ecología), reunión de la JPIC en Asís, Italia, 12-16 de mayo de 2009, “Creation at the Heart of Mission” (La creación en el corazón de la misión). (Dennis es de Australia). El seminario fue patrocinado conjuntamente por SEDOS y la Comisión de JPIC de la Unión de Superiores y Superiores Generales (USG/UISG).

Hill, Brennan R., *Christian Faith and the Environment* (La fe cristiana y el ambiente), 249.

Koenig-Bricker, Woodeene, *Ten Commandments for the Environment* (Los diez mandamientos para el medio ambiente). Ave Maria Press, Notre Dame, Indiana, 2009

Maalouf, Jean. *Teilhard de Chardin: Reconciliation in Christ – selected spiritual writings* (Teilhard de Chardin: Reconciliación en Cristo – selección de escritos espirituales), New City Press, 2002

Misleh, Dan, “A Commitment to the Catholic Climate Covenant” (Coalición Católica sobre el Cambio Climático). En *Church Magazine*, verano de 2009, Nueva York. 16-19)

Neruda, Pablo, *Oda al Vino; Oda al Pan* (del sitio Web de la U. de Chile: www.neruda.uchile.cl)

Rhoads, David “Worshipping in Relationship with Nature: A Reflection.” (Reflexiones sobre el culto en relación con la naturaleza). Tal como apareció en: www.webofcreation.org/Articles/WorshipReflection.htm

Scott, Margaret, acj, *The Eucharist and Social Justice* (La Eucaristía y la Justicia social). Paulist Press, Nueva York/Mahwah, NJ, 2009

Tetlow, S.J. Joseph A., *Making Choices in Christ* (Optar en nombre de Cristo), Loyola Press, Chicago, 2008. Capítulo: “Food for the Hungry” (Dar de comer al hambriento), pp. 110-112)